

Cristo Prometido como un Profeta

Un sermón del Adviento sobre Deuteronomio 18:15

Por Rev. J. Van Haaren (sermón 331b)

Lectura Bíblica: Deuteronomio 18
Salterio 111:1, 4
65:1-4
221:1-3
170:1-3

Introducción

Queridos amigos, con la ayuda de Dios, esta mañana vamos a considerar las palabras de nuestro texto, que se encuentra en Deuteronomio 18, versículo 15, donde leemos la Palabra de Dios como sigue: *“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis”*.

El tema principal de estas palabras es

Cristo Prometido como un Profeta

Y veremos que Cristo será:

- 1. Como Moisés;**
- 2. De en medio del pueblo;**
- 3. De Dios; y**
- 4. Para la salvación.**

PRIMER PENSAMIENTO

Queridos amigos, hemos comenzado las semanas del Adviento, cuando una vez más nos enfocamos en la venida de Cristo en la carne. El Mismo Jesucristo enseñaba: *“Escudriñad las Escrituras;... ellas son las que dan testimonio de mí”* (Juan 5:39). Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento señalan a Cristo, y no sería posible de otra manera, pues los creyentes del Antiguo Testamento fueron salvos de la misma manera por la cual son salvos los creyentes de hoy en día. No hay otro Nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos; y por esto encontramos este precioso Nombre también en el Antiguo Testamento, aunque sea en los tipos y las sombras que son presentados en ello. Cristo será Rey como David; será Sacerdote como Melquisedec; y será Profeta como Moisés. Y, es así que escuchamos las palabras de nuestro texto esta mañana, habladas por Moisés, que hablan de un Profeta *“como yo”*.

Congregación, por la gracia de Dios, Moisés fue privilegiado ser un tipo de Cristo. Es más, Dios se le había revelado, pero por muchos años Moisés había guardado este secreto. Ahora, en el capítulo de nuestro texto, Moisés ha llegado cerca al fin de su vida, y por eso él anuncia al pueblo de Israel que el Señor Jehová levantará un Profeta en medio de ellos. Moisés no sólo había sido el líder del pueblo, sino que también había sido su Profeta. Cada vez que Israel ya no sabía qué hacer o dónde ir, acudía a Moisés, y en su lugar, Moisés se acercaba al Rostro de Dios para saber la voluntad de Dios. Moisés fue como la “boca de Dios” para el pueblo, y de esta manera él era su profeta. ¡Cómo el Señor hablo con Moisés como uno habla con su amigo! Sin embargo, ya que Moisés se iba a morir, esto también llegará a su fin en este mundo. ¿Será que el pueblo de Israel quedara sin profeta? ¿Israel no escuchará más la profecía del Señor? ¿Será que el Señor dejara a Israel a su propio destino? O, ¿será que los israelitas tendrían que acudir a los adivinos, como hacían los paganos en aquellos tiempos? ¡De ninguna manera! Escuchemos una vez más lo que dice el Señor en versículos 14 y 15: *“Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios, porque de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis”*.

Moisés no se expresa con duda alguna; él no dice: *“Tal vez Jehová levante profeta”*. ¿Cómo puede estar Moisés tan cierto de que esto sucederá? Es que el Señor se lo había prometido, y cuando Dios hace una promesa, siempre la cumplirá. ¿Cuándo lo prometió el Señor a Moisés? Amigos, leemos la historia en el mismo capítulo 18 (versículos 16-22). En el monte de Horeb, el pueblo Israel había tenido mucho miedo cuando el Señor le habló con Su voz tronante, cuando todo el monte Sinaí humeaba y todo el monte se estremecía en gran manera (Éxodo 19). El pueblo no sabía dónde esconderse ante la majestad de Dios, y había pedido a Moisés que él actuara como mediador entre Dios y ellos, porque tenía miedo de morir al ver y oír la gloria de Dios. En v. 16 leemos: *“Conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb en el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera”*. Y aquí Moisés revela la promesa que el Señor le había dado: *“Y Jehová*

me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandaré” (vv. 16, 17).

Por cuarenta años Moisés había guardado esta promesa como un secreto, pero ahora se lo revela al pueblo. ¿Por qué lo revela entonces? Moisés se lo dijo al pueblo para que no fuera demasiado triste cuando él muriera; Moisés quería manifestar que por más que él no estuviera, el Señor permanecería lo mismo para siempre. El Señor no sólo proveerá un nuevo líder en la persona de Josué, sino que también proveerá un profeta. En este momento, Moisés mira más allá de todos los profetas que lo seguirían, y él ve a Señor Jesucristo como el Gran Profeta que vendría. Cristo no sólo es el Gran Profeta, sino que también Él es la raíz de toda profecía.

Es así, queridos amigos, que las palabras de nuestro texto se refieren al Gran Profeta Jesucristo. ¿Cómo podemos estar seguros de esto? Escuchemos algo de la predicación del apóstol Pedro en el día de Pentecostés, cuando él predicaba sobre Jesús. Leemos: *“Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo”* (Hechos 3:22-23). ¡Miren cómo las Escrituras son la prueba de las mismas Escrituras!

Ahora bien, cuando Moisés profetiza acerca del Gran Profeta que sería como él, esto no se dice de una manera orgullosa, ni está exaltándose a sí mismo. Al contrario, Moisés nunca se consideraría en el mismo nivel que Cristo; más bien, se refiere al hecho de que Moisés iba a ser un *tipo* de Jesús, el Gran Profeta. Oh amigos, sin lugar a dudas, ¡Cristo el Gran Profeta será mucho más que la sombra que Lo tipifica! Fijémonos por un momento en las comparaciones entre Moisés y Cristo.

El Señor llamó a Moisés para sacar al pueblo de Israel de la servidumbre en Egipto. Sin embargo, ¿Qué ha hecho Cristo? El Señor Lo ha llamado desde toda la eternidad para redimir al Israel espiritual de la servidumbre del pecado y de Satanás. Moisés actuó como mediador de intercesión entre Dios y el pueblo, y él sirvió como boca de Dios para el pueblo y como boca del pueblo para Dios. No obstante, Cristo es mucho más: Él no sólo actuó como Mediador de intercesión, sino también como Mediador de la

redención de Su pueblo. Es únicamente por medio de Cristo que Dios puede otorgar Su gracia a pecadores que merecen la muerte. Como otro ejemplo, cuando Israel luchaba con los amalequitas, leemos que cuando Moisés alzaba su mano, Israel prevalecía. No obstante, las manos de Moisés se cansaban, y Aarón y Hur sostenían sus manos (Éxodo 17). Sin embargo, Cristo luchó con Sus propias fuerzas contra un enemigo mucho más fuerte que Amalec. Cristo ha luchado con el diablo, la muerte y la tumba, y Él los ha conquistado. Moisés podía decir a Israel: “Así ha dicho Jehová”; sin embargo, Jesucristo podía decir como Dios Mismo: “De cierto, de cierto te digo...” Aunque Moisés era un hombre muy manso, sabemos que no siempre actuaba con mansedumbre, e incluso se enojó más de una vez. Sin embargo, Cristo siempre era el más Manso de los mansos, y bien pudo decir Él: “*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*” (Mt. 11:29).

Oh amigos, por eso, cuando Moisés dice a Israel que el Señor levantará Profeta “como yo”, él sabe que Aquel Profeta será mucho más glorioso y precioso que él. Si bien podemos admirar a Moisés como hombre de Dios, ¡debemos *adorar* a Cristo como Dios Mismo! ¡Cuán excelente es este Gran Profeta que se ha levantado de en medio del pueblo! Vamos a considerar esto en nuestro segundo pensamiento: este Profeta será “**de en medio del pueblo**”.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Leemos en nuestro texto: “*Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, levantará Jehová tu Dios; a él oiréis*”. Habrá un lazo de hermandad entre este Profeta y el pueblo de Dios. El poeta cantó de esto en Salmos 89: “*Entonces hablaste en visión a tu santo, y dijiste: He puesto el socorro sobre uno que es poderoso; he exaltado a un escogido de mi pueblo*” (Salmos 89:19). Igual que Moisés era del pueblo, también Cristo será “de en medio del pueblo”. En cuanto a la carne, el Gran Profeta sería de la simiente de David. ¡Qué maravilla más incomprensible es el hecho de que el Rey de reyes haya entrado en la naturaleza del hombre! Según la justicia de Dios, la única propiciación del pecado, y la única manera de quitar el pecado y la culpa del pueblo de Dios era en la misma naturaleza en la cual el pecado había sido

cometido. Nunca puede el hombre comprender cómo el Hijo de Dios haya descendido desde Su trono y entrado en nuestra naturaleza, y eso para salvar a los rebeldes y a los incrédulos.

Cristo asumió Su naturaleza humana por medio de Su nacimiento de la virgen María. No lo podemos expresar mejor que la Palabra de Dios; escuchémosla: *“El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”* (Filipenses 2:6, 7). Nunca podemos admirar este gran milagro lo suficiente: el hecho de que el Hijo de Dios haya asumido la naturaleza humana. Él tomó sobre Sí esa misma naturaleza nuestra, la cual fue sujeta a toda clase de sufrimiento y la muerte misma. Es más, Cristo nunca no dejó a lado esa naturaleza cuando resucitó de los muertos, y la llevó consigo para nunca estar separado de ella desde entonces. De hecho, cuando miramos al pesebre de Belén, ahí encontramos al Glorioso que vino para pecadores culpables y dignos de toda condenación. Esto también nos muestra el amor inexpressable de Dios Hijo; desde la eternidad, Sus delicias eran “con los hijos de los hombres” (Prov. 8:31). Y es así que Isaías exclamó con admiración: *“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”* (Isaías 9:7).

“De en medio de ti, de tus hermanos”, dice nuestro texto. Sí, porque Jesús ha morado en medio de los hijos de los hombres. Fue obediente a Sus padres terrenales y se sometió a ellos. ¡Qué milagro es que haya querido humillarse tanto Él Quien es Dios Mismo, Cuyo Nombre es Admirable, Consejero y Dios Fuerte! ¿No es esto una maravilla eterna, pueblo de Dios? Sí tú crees, por la gracia de Dios, que Cristo es tu hermano Mayor, ¿quién, pues, es tu padre? Entonces *Dios* es tu Padre. ¡Cuán grande y precioso misterio de la salvación se encuentra, entonces, en las palabras: *“De en medio de ti, de tus hermanos”*! Su Mismo Nombre Emanuel significa “Dios *con* nosotros”: Dios *cerca de* nosotros, Dios *de* nosotros, y Dios *por* nosotros. Si por la obra de Dios en el corazón podemos mirar a Este Niño Jesús por la fe, nuestro corazón se llena de admiración por el hecho de que este Profeta haya sido no sólo como Moisés, sino también “de en medio de nosotros”, y también “**de Dios**”, como veremos en nuestro tercer pensamiento.

TERCER PENSAMIENTO

Leemos en nuestro texto: “*Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis*”. Este Profeta sería de Dios, pues aquí nos dice que Lo levantará Jehová tu Dios. Esto no quiere decir que Cristo, como la Segunda Persona de la Santa Trinidad, no haya sido desde toda la eternidad; ¡de ninguna manera! Es el Unigénito del Padre, y Uno con el Padre desde y para siempre. Sin embargo, Él aceptó y se ofreció para Su ministerio profético desde la misma eternidad. Mucho antes de que Moisés dijera estas palabras, Jesús había comenzado a llevar a cabo Su tarea profética, pues inmediatamente después de la caída en el Paraíso, Cristo empezó a iluminar al hombre caído en cuanto al conocimiento de la gloria de Dios.

No obstante, por más que Cristo haya sido desde la eternidad, y por más que Él fuera ungido como Profeta desde el principio, Él vendría en la carne, y eso es lo que ve Moisés cuando habla del Profeta que sería levantado por Jehová. En el tiempo designado, Él nacería de la virgen María. Jesús sería ungido con el Espíritu Santo sin medida para poder llevar a cabo Su ministerio profético, para que apareciera igual que Moisés para predicar al pueblo la Palabra de Dios. Leemos que “Jehová” Lo levantara; este Jehová es el Dios del Pacto, el Dios del pueblo de Israel. Él ha elegido a Su pueblo de todas las naciones de la tierra para que fuera Su pueblo, no porque ellos hayan sido mejores que otras personas, sino según el poder soberano de Su santa voluntad. Él quería glorificarse en medio de ellos, y por eso Él ordenó al Salvador para ellos; como Él Mismo dice: “*He puesto el socorro sobre uno que es poderoso*” (Salmos 89:19). ¡Cómo podemos ver que la obra de la salvación es completamente de Dios, desde el principio hasta el fin! Él ha levantado al Profeta para Su pueblo, para que ese pueblo pudiera gozar de la comunión de Dios y glorificarle para siempre. Todos hemos pecado y todos estamos destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:19); no obstante, el Señor glorifica a Sí Mismo en la vida de Su pueblo escogido. La obra de la salvación es una manifestación del amor soberano y divino de Dios; Él quiso que Su pueblo fuera salvo.

Para tal pueblo, Dios ha levantado a un Profeta, y también Le ha hecho Salvador y Redentor. Dios ha pensado en un camino de paz, y este camino sería abierto a través de Su amado Hijo. Dios Padre ha levantado a un Profeta y Maestro, Quien iluminaría a Su pueblo en los secretos de la salvación. Puesto que por la naturaleza ninguno de nosotros tiene el deseo de conocer los caminos de Dios, Él ha enviado a Su Espíritu para obrar en Su pueblo el deseo de conocer al Profeta levantado por Dios. Este Profeta se revelará a Su pueblo como el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6), y Él levantará a un pueblo que deseará oír las palabras de la Salvación que caerán de los labios ungidos de este Gran Profeta. De esta manera, Cristo fue levantado *para la salvación*. Vamos a considerar esto en nuestro cuarto pensamiento, pero primeramente cantaremos del **Salterio 221, las estrofas 1, 2 y 3**.

CUARTO PENSAMIENTO

Las últimas palabras de nuestro texto dicen: “*A él oiréis*”. Su pueblo oirá a Cristo; Su Palabra le será palabra de salvación. Cuando el Señor obra la regeneración de un pecador, lo lleva a la escuela de este Gran Profeta. ¿Por qué lo hace esto? Las palabras de este Gran Profeta hacen que Su pueblo sea “sabio para la salvación” (2 Tim. 4:15), y Su pueblo recibe instrucción de este Gran Maestro de la Justicia. Y, ¿qué es lo que enseña este Gran Profeta? En primer lugar, Él enseña al pecador acerca de cuán grandes son sus pecados. Él Señor siempre comienza así en el corazón de Sus hijos; los pone delante del espejo de la Santa Ley, para que ellos puedan ver cuán grande es su culpa ante un Dios justo y santo. La Ley enseña al pecador de su propia corrupción e impiedad. Esto no sólo es una lección que aprenden con la mente, sino que también, y más importante, el Señor hace que Su pueblo experimente personalmente lo inmundo, lo corrupto y lo leproso de su propio corazón. Luego el Señor enseña al pecador de su pecado original que ha cometido a través del primer padre Adán, y así le enseña de la incapacidad total de que el hombre haga algo bueno de sí mismo. Estas no son lecciones fáciles de aprender, pero son lecciones necesarias.

El Gran Profeta sigue con la obra descubridora, y de hecho esta obra no solamente ocurre en el principio de la vida de la gracia, sino que sigue de una manera más y más profunda en el corazón del hijo

de Dios. Oh amigos, cuando el Señor obra así, no llegamos a ser personas muy convertidas; al contrario, tanto más gracia que el Señor otorgue a uno de Sus hijos, cuanto más claman con Pablo: “*Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*” Este pueblo comienza a anhelar ser librado de este cuerpo de pecado y de muerte. Así es que el conocimiento del pecado es muy beneficioso, porque lleva al pecador a un lugar muy humilde y postrado delante del Señor.

Sin embargo, amigos, este Gran Profeta enseña muchas cosas más en la vida de fe. Él también abre los ojos de la fe para dar un conocimiento del camino de la salvación, para que Su pueblo vea Quién es el camino, la verdad y la vida. Es posible que uno escuche la predicación verdadera de este camino de la salvación toda su vida, pero a menos que nos sea enseñado por este Gran Profeta con el Espíritu Santo, este camino nunca será más que un gran misterio para el hombre natural. Esta es una doctrina bíblica: “*Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locuras, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*” (Romanos 2:14).

Aun después de recibir la gracia y después de la regeneración, el hijo de Dios tiene que ser enseñado por Dios una y otra vez en cuanto a las cosas espirituales. ¡Cuánto los hijos de Dios comienzan a amar las enseñanzas de este Gran Profeta y Gran Maestro Jesucristo! Él les enseña que no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Por eso es tan necesario que tales personas conozcan su corazón corrompido, para que este Gran Profeta y Sus instrucciones lleguen a ser tan preciosos para ellos. Para ellos, Cristo se hace tan precioso, y Él les señala Su sangre preciosa que limpia de *todo* pecado. Les enseña que el sacrificio que Él ha hecho ha sido un sacrificio completo y perfecto, y que no se puede ni se necesita añadir nada a Su obra. Por medio de Su obra perfecta, la ira del Padre para con ellos ha sido apaciguada. El fruto de esto es que los hijos de Dios experimentan la bendita paz de Dios por medio de la sangre del Cordero. El Gran Profeta les enseña que Él intercede para ellos ante el Padre. ¡Cuánto consuelo se recibe a través de las enseñanzas de Dios!

Queridos amigos, únicamente es posible conocer a Cristo en Su ministerio Sacerdotal como *fruto* de la enseñanza que Él imparte en Su ministerio profético. Como Profeta, Cristo no sólo hace conocer Su

obra sacerdotal, sino que también enseña a los Suyos en cuanto a Su oficio de Rey. Así Él enseña a Su pueblo que todo el poder en la tierra y en el cielo es Suyo, y Él emplea este poder para el bien de Su pueblo. Todo enemigo de Dios y de Su pueblo tiene que someterse al Rey de reyes, y Cristo les enseña este bendito consuelo como el Gran Profeta. Es así que el pueblo de Dios recibe no solo instrucción, sino también fortaleza para seguir adelante. ¡Qué consuelo para el pueblo de Dios es saber que Cristo es el Gran Conquistador! Tanto más instrucción recibe el pueblo de Dios, ¡cuánto más instrucción necesita! Es porque en sí mismo, el pueblo de Dios se hace menos y menos, y valora a Cristo más y más.

“A él oiréis”, dice nuestro texto. Oh amigos míos, el Mismo Dios Padre ha dicho en el Monte de la Transfiguración: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”* (Mateo 17:5).

Sin embargo, ¡ay de aquellos que *no* Lo oyen! Leemos en versículo 19 de nuestro capítulo: *“Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta”*. Aquí se pronuncia el juicio de Dios sobre aquellos que no quieren oír a este Gran Profeta. ¡Los que Le rechazan a Él están rechazando al que Le envió! Oh amigos, ¡que tomemos en cuenta esta amonestación seria! Recuerden que en este mismo momento ustedes oyen la voz de este Gran Profeta mientras están reunidos bajo la predicación de Su Palabra. La voz del hombre que predica no es nada; sin embargo, la Palabra de Dios que se les predica es el mensaje de este Gran Profeta, Quien les dice ahora mismo: *“Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?”* (Ezequiel 33:11). Oh amigos, no rechacen el mensaje de este Gran Profeta, sino como nos dice Él Mismo: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón”* (Salmos 95:7, 8).

Queridos amigos, ¡qué nosotros siempre vengamos bajo la predicación de la Palabra de Dios con mucha oración! ¿Oraste tú antes de llegar a la iglesia esta mañana? Tal vez hayas hecho una breve oración en silencio antes del comienzo del culto, pero no me refiero a eso; ¿te has arrodillado ante el trono de la gracia antes de salir de tu casa? ¿Ha sido tú oración esta mañana: “Enséñame Tus caminos, oh Gran

Profeta”? ¡Cuán bendito es aquel pueblo que es enseñado por Él! En sí mismo se hace más y más insensato; sin embargo es así que por la enseñanza del Gran Profeta se hace sabio para la salvación.

“*A él oiréis*”. Sí, que Él nos enseñe a buscar la reconciliación con el Padre como Juez Divino, la cual ha sido hecho por la obra mediadora del Hijo por la aplicación del Espíritu Santo. Amigos, que este Gran Profeta y Su ministerio sea algo que tengamos en alta estima, y que siempre sea nuestra oración: “*Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día*” (Salmos 25:5). Si esto es nuestra oración verdadera, el Señor nos contestará con palabras llenas de consuelo y ánimo, a pesar de todas las aflicciones y opresiones que tengamos que experimentar en esta vida. Así el Gran Profeta nos enseñará y nos llevará hasta el bendito fin, para que Él sea glorificado para siempre. Amén.